

Mario Roberto Morales en la Escuela de Historia

Mario Roberto Morales at the School of History

Edgar Barillas

Instituto de Investigaciones Históricas, Antropológicas y Arqueológicas, Escuela de Historia,
Universidad de San Carlos de Guatemala, Guatemala

*Autor a quien se dirige la correspondencia: elbarillas@gmail.com

Cuando Mario Roberto Morales (1947-2021) llegó a la Escuela de Historia en 1978, tenía unos 30 años y sus estudiantes 20. La Escuela era todo un campo de experimentación, de lucha, de debate, pues las áreas de Antropología y Arqueología eran de reciente creación y aunque no había aún antropólogos y pocos arqueólogos que asumieran la docencia, los profesionales que subían a bordo eran académicos de las Ciencias Sociales de gran reputación. Los nombres de René Poitevin, Gabriel Aguilera, Carlos Centeno, Juan Pedro Laporte, Leonel Roldán, eran algunos de ellos. El área de Historia, que venía de la Facultad de Humanidades, había sido transformada por completo y aún seguían los debates de cuál era el mejor *pensum* para afrontar las concepciones de la Historia y las Ciencias Sociales que se querían implementar y superar la historia positivista que bullía en Humanidades. A ese caldero se acercó Mario Roberto y fue uno de los que contribuyó a darle sazón a las discusiones académicas. Pero no eran solo los afanes académicos los que revoloteaban en torno a la luz de las nuevas interpretaciones de la sociedad, atizadas por los libros de Severo Martínez Peláez y Carlos Guzmán Bockler y la agitación estudiantil que había explotado en todo el mundo en 1968, sino también las filiaciones políticas de una juventud cansada de vivir en el terror implantado desde la intervención estadounidense de 1954. Y a ello se sumaban el arte y la bohemia cultural, que explotaba los viernes a veces en torno a una fogata en los alrededores de un edificio que aún no terminaba de construirse. La cafetería de la escuela congregaba a poetas, revolucionarios, cantautores, teatreros y las discusiones eran acaloradas, pero con fundamento. Por ahí, al caer la tarde, como si de un cenáculo de literatos se tratara, llegaban Otoniel Alburez, Faustino Collado, Luis de León, Marco Antonio “El Bolo” Flores y el infaltable Roberto Monzón, de quien decía Mario Roberto, pertenecía a la bohemia trágica. Lo mismo se polemizaba sobre literatura nacional e internacional que, sobre las

formas de transformar el país, incluyendo el papel del arte ante la represión, la explotación, la desigualdad.

Eran los tiempos en los que se creía que la lucha armada, la literatura, el teatro, la poesía, la novela, la música, el cine, eran armas que podían derrotar al terror. Todo era militancia, aunque no se estuviera “organizado”. Muchos no se agrupaban, pero no dejaban de apoyar. Había una conjunción de docentes y estudiantes en donde hasta las asambleas se hacían con participación de ambos sectores y sus decisiones eran vinculantes. La bibliografía era escasa y a menudo clandestina, pero las fotocopias y los materiales mimeografiados daban lugar a interminables debates. Hasta que el cerco de la represión se hizo más estrujante. Primero fue Tito Berganza, luego Guadalupe Navas, Irma Reyes, Rolando Medina que fueron asesinados o desaparecidos. En común estos delitos estaban acompañados con declaraciones burlonas o montajes cínicos de parte de los funcionarios militares o policíacos para desprestigiar la lucha por la democracia y la justicia social. Otros luchadores de primera línea como Leonel Roldán, Mirna Becker y Arely Castañeda, fallecieron víctimas de un fortuito accidente de tránsito. Eran golpes muy duros pero que no podían poner sordina a los gritos de libertad y justicia.

Las clases de Mario Roberto eran sobre materialismo dialéctico y materialismo histórico, pero no eran una imposición sino una invitación a reflexionar. Así, Jesús García Añooveros se oponía a las concepciones vertidas por el docente, tomaba el yeso y pasaba al pizarrón a exponer sus concepciones. No era el único, pero era uno de los brillantes opositores a las teorías que se debatían. Había diálogo, los estudiantes planteaban sus inquietudes y las discusiones no terminaban en el aula ni en la cafetería sino muchas veces en torno a una fogata a la par de ese edificio en construcción, verdadera metáfora de la construcción de una educación democrática, crítica, reflexiva y transformadora. Con sus clases y su guitarra, Mario Roberto dejó una



impronta en aquellos primeros años en la Escuela, como dejó huella en los murales de muchos edificios del campus central junto con el Tecolote Amaya y en Alero, con el propio Bolo Flores.

Muchos años más tarde volvería Mario Roberto a la Escuela. Volvía cargado de entusiasmo, con nuevas ideas y con la misma convicción. Traía los reconocimientos de sus publicaciones literarias y antropológicas, el prestigio del profesor y polemista, pero lejos de aquellos que Miguel Ángel Asturias prevenía a la madre en su poema *Es el caso de hablar*, porque venían cargados de joyas, de coronas de la victoria en la frente o de la fama del gran señor, Mario Roberto se mantuvo cálido, cercano, amigable como siempre lo fue. Tal parece que lo retratará Asturias:

Madre, si en el invierno, después de haber cenado, estás junto al bracero pensando con desgano, oídos a la lluvia que cae sobre el techo, y en eso, puerta y viento... Es alguien que ha entrado descubierta la frente y herramienta en la mano, levántate a su encuentro porque tienes derecho de abrazar a tu hijo, de quien hiciste un hombre que vuelve de la vida con el jornal ganado (1960, pp. 125-126).

Lo que encontró Mario Roberto, no era lo que recordaba. Carlos Navarrete, también escritor, antropó-

logo, arqueólogo y hombre sapiente, siempre advierte que si amas un lugar que conociste, no vuelvas porque te vas a decepcionar. La cafetería de aquel vulcanismo eruptivo estaba cerrada; los estudiantes ya no debatían; de las fogatas no quedaba sino el recuerdo, las canciones ya no retumbaban en las paredes. La anomia poblaba las clases y la desidia la condimentaba. La voz de los poetas ya no se escuchaba; Luis de Lión había sido desaparecido y Roberto Monzón se atragantó con el último poema y el último trago. Los docentes ya eran un gremio y los estudiantes otro. Eso no lo desanimó. Más bien trató de buscar la forma de jugarle la vuelta al tío Coyote que ahora estaba sumergido en el teléfono, en la *tablet*, en las series de televisión, en los videojuegos. La muerte sorprendió a Mario Roberto en plena capacidad de análisis, creación y polémica y deja un vacío sensible; pero habrá otros tíos conejos o tías conejas que tomen la estafeta y no dejen morir la utopía.

Referencia

Asturias, M. A. (1960). *Es el caso de hablar*. En A. Echeverría (Ed.), *Cinco temas educativos en la poesía centroamericana*, (pp. 125-126). Ministerio de Educación Pública.

Figura 1

Mario Roberto Morales durante el 40 aniversario de fundación de la Escuela de Historia



Nota. Fotografía de Edgar Barillas y Ricardo Contreras